

LA MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD *EN Y PARA EL SIGLO XXI* EN LOS TEXTOS RECIENTES DE BENEDICTO XVI*

María García Amilburu

Prof. Titular de Filosofía de la Educación. UNED.

1. CUESTIONES PRELIMINARES

En este artículo me propongo analizar algunas intervenciones públicas de Benedicto XVI en las que ha tratado explícitamente sobre cuestiones relacionadas con la naturaleza y misión de la institución universitaria - particularmente acerca del modo en que podría constituirse la Universidad *en y para* el siglo XXI-, y algunos problemas a los que esta institución debe hacer frente con el fin de adaptarse a los tiempos, manteniéndose fiel a sí misma. El propósito de este trabajo es ofrecer de manera sistematizada a quienes trabajan en la Universidad –profesores, estudiantes y otros profesionales- un material que pueda serles útil para la reflexión personal e iluminarles en la toma de decisiones prácticas.

Antes de comenzar, creo conveniente hacer algunas precisiones en relación con el enfoque de este trabajo y la perspectiva desde la que me aproximaré al autor cuyos textos se analizan. Concretamente, me parece importante señalar que se examinarán las cuestiones desde el punto de vista específico de la Filosofía de la Educación, y que el autor será considerado en cuanto intelectual de reconocido prestigio y amplia experiencia en el ámbito de la docencia universitaria. Aunque no es posible olvidar que se trata también del Obispo de Roma, sus textos serán tratados como aportaciones de un antiguo profesor universitario que posee una dilatada experiencia en el terreno educativo y un profundo conocimiento del ambiente cultural e intelectual de la época presente.

En este sentido conviene recordar que cuando Joseph Ratzinger fue elegido para suceder a Juan Pablo II en 2005, la opinión pública mundial subrayó el hecho de que el nuevo Papa era uno de los intelectuales más

* Artículo publicado en *ESE. Estudios sobre Educación*, vol. 18 (2010), pp. 277-293.

destacados del momento. El prestigio del entonces cardenal Ratzinger no se limitaba al campo teológico dentro de la Iglesia Católica, sino que estaba considerado también un académico insigne a nivel internacional, hecho avalado por sus numerosas publicaciones científicas y las distinciones recibidas, entre ellas varios Doctorados *Honoris Causa* otorgados por algunas de las Universidades más prestigiosas del mundo. Vinculado al ambiente universitario desde su juventud, la pasión por la enseñanza le ha acompañado a lo largo de toda su vida, como ha recordado recientemente: “como sabéis, la actividad universitaria fue mi ámbito de trabajo durante muchos años e, incluso después de no ejercerla, nunca dejé de seguirla y de sentirme espiritualmente vinculado a ella” (2008 e)¹.

Así pues se van a examinar intervenciones públicas de Benedicto XVI a lo largo de los cinco primeros años de su Pontificado, entre las que figuran Cartas escritas por iniciativa del Pontífice, Discursos pronunciados en Audiencias concedidas a grupos de personas e Instituciones vinculadas al ámbito académico, Lecciones Magistrales que Benedicto XVI ha sido invitado pronunciar en varias Universidades, Alocuciones a grupos de intelectuales, etc.² Como es obvio, no se pretende realizar un trabajo exhaustivo sobre su concepción de la Universidad, sino que nos limitaremos a esbozar algunas de las cuestiones que ha tratado, y que pueden contribuir a comprender mejor - con mayor profundidad y alcance- la situación crítica por la que atraviesa actualmente esta institución educativa.

Recordaremos, en primer término, las circunstancias históricas del nacimiento de la Universidad; posteriormente se hará referencia al fin genérico de la tarea educativa y la finalidad propia de la educación universitaria según el pensamiento de Benedicto XVI. A continuación se examinarán dos aspectos del proceso reductivo que ha afectado recientemente a la Universidad: concretamente, su desintegración en un conglomerado de Facultades yuxtapuestas y su creciente identificación, en la práctica, con las Instituciones superiores de Formación Profesional. Para concluir, se apuntan tres rasgos que Benedicto XVI considera otras tantas dimensiones esenciales del carácter

¹ Todos los textos de Benedicto XVI citados están disponibles en la siguiente dirección electrónica www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi.html (Última consulta: 19.X.2009).

² Por razones metodológicas, no se van a considerar las Encíclicas, ni tampoco -salvo excepciones- las obras escritas por el Cardenal Ratzinger antes de ser elegido Papa.

universitario, cuyo cultivo y desarrollo podría ayudar a la Universidad a salir de los estrechos límites a los que se ve constreñida en la actualidad.

2. EL ORIGEN DE LA UNIVERSIDAD

El nacimiento de la institución universitaria, como es bien sabido, se remonta a la Edad Media; más concretamente al siglo XII. En el discurso que había preparado para su visita a la Universidad de La Sapienza en Roma, Benedicto XVI traza en breves párrafos el origen y desarrollo institucional de las primeras Universidades europeas en las que se cultivaban cuatro saberes fundamentales: Medicina, Derecho, Filosofía y Teología (Cfr. 2008 a). No es momento para extendernos en el desarrollo del “origen histórico” de la Universidad³, sino que deseo fijarme en un detalle que apunta Benedicto XVI que podríamos llamar su “origen antropológico”.

Benedicto XVI sugiere que la “gestación” de las Universidades comenzó muchos siglos antes. “Creo –afirma- que se puede decir que el verdadero e íntimo origen de la Universidad está en el afán de conocimiento que es propio del hombre. Quiere saber qué es todo lo que le rodea. Quiere la verdad. En este sentido, se puede decir que el impulso del que nació la Universidad occidental fue el cuestionamiento de Sócrates” (2008 a) porque, al igual que la necesidad de amar, el deseo de la verdad pertenece de suyo a la naturaleza humana (Cfr. 2006 b).

En este sentido, la institución de Educación Superior que a partir del siglo XIII empezaría a llamarse “Universidad”, es la heredera del mismo impulso intelectual y moral que dio origen al Liceo de Platón, la Academia de Aristóteles o el Jardín de Epicuro, sin olvidar el considerable influjo del monaquismo, hasta desembocar en la Escuela Palatina de Aquisgrán y las Escuelas Catedralicias diseminadas por Europa occidental en la Baja Edad Media. Estas agrupaciones de amantes del saber alrededor de los maestros son los antepasados directos de los *Studia Generalia* que fueron, a su vez, precedentes inmediatos de las Universidades, término cuyo empleo se hizo habitual a partir del siglo XIII, después de que se hiciera referencia a ella como

³ Para ello puede consultarse, por ejemplo VV.AA., (1990). *La Historia de las Universidades en Europa (I): Las Universidades en la Edad Media*, Bilbao: Ediciones de la Universidad del País Vasco.

Universitas magistrorum et scholarium Parisium commorantium en el *Chartularium Universitatis Parisiensis*⁴. De estas raíces surgieron en la Europa medieval las primeras Universidades, que “como las de Bolonia, París, Cracovia, Salamanca, Colonia, Oxford y Praga, por citar sólo algunas, se desarrollaron rápidamente y desempeñaron un papel importante en la consolidación de la identidad de Europa y en la formación de su patrimonio cultural” (2006 a), “hasta convertirse en una de las estructuras básicas de Europa” (2009 b).

Las primeras Universidades fueron creadas por Bulas Pontificias o Decretos de los Reyes y Emperadores para garantizar su autonomía frente a la presión que podían ejercer sobre ellas los poderes locales –tanto las autoridades políticas y religiosas como quienes dominaban la economía-. Esta situación produjo en no pocos momentos fuertes tensiones, e incluso episodios sangrientos: basta recordar las tristemente famosas batallas entre la ciudad y la academia *-town vs. gown-*. Sin embargo, asegurar y mantener esta autonomía era –y sigue siendo- de vital importancia para el cumplimiento de la misión de la Universidad, ya que “en su libertad frente a autoridades políticas y eclesiásticas la Universidad encuentra su función particular” (2008 a) pues, por su propia naturaleza, “debe estar vinculada exclusivamente a la autoridad de la verdad” (Ibid). Sin embargo, la autonomía universitaria no significa, en ningún caso, que la Universidad deba aislarse de la sociedad, considerándose a sí misma como único universo de referencia, ni mucho menos que esté legitimada a buscar intereses privados aprovechando los recursos públicos (Cfr. 2008 e), sino que, por el contrario, “la autonomía propia de la Universidad (...) encuentra significado en la capacidad de ser responsable frente a la verdad” (2009 b).

3. LA MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD: LA PREGUNTA POR LA VERDAD

“La finalidad esencial de la educación es la formación de la persona a fin de capacitarla para vivir con plenitud y aportar su contribución al bien de la comunidad” (2007 c). Para alcanzar este ambicioso objetivo “no es suficiente una información técnica y científica; hay que privilegiar una educación en los valores humanos y morales que permita a cada joven tomar confianza en sí

⁴ Cfr. *Chartularium Universitatis Parisiensis* (1208 ó 1209), Par. 1889, I, 8.

mismo, esperar en el futuro, preocuparse de sus hermanos y hermanas y asumir su papel en el crecimiento de la nación, con un sentimiento cada vez más agudo de preocupación por el prójimo” (2007 f). Estas palabras de Benedicto XVI pueden considerarse una breve síntesis de su pensamiento acerca del fin esencial de la educación y las dos vertientes complementarias – personal y social- a las que toda labor educativa debe atender. El Papa insiste en estos puntos en diferentes ocasiones y, se refiere siempre a los objetivos generales de la educación afirmando que esa tarea se orienta a ayudar a la forja de hombres y mujeres responsables personalmente, en su familia y a todos los niveles de la sociedad (Cfr. 2008 b).

Por lo tanto la Universidad -en cuanto institución educativa- debe asumir como propio este fin genérico; y además, por lo que respecta a su orientación específica -investigación, docencia y configuración de la cultura-, las instituciones universitarias deben caracterizarse por el amor a la sabiduría y la búsqueda de la verdad como elementos esenciales de su propia identidad (Cfr. 2006 a). En este sentido Benedicto XVI cita, haciendo suyas, las palabras del n. 30 de la Constitución Apostólica *Ex Cordis Ecclesiae*, de Juan Pablo II: “toda Universidad tiene como misión fundamental la constante búsqueda de la verdad mediante la investigación, la conservación y la comunicación del saber para el bien de la sociedad” (Juan Pablo II ,1990; Benedicto XVI, 2005).

El tema del compromiso con la verdad es una de las cuestiones más recurrentes en los escritos de Benedicto XVI pero, aunque tiene una gran relevancia en la situación intelectual en que nos encontramos, no es posible tratarlo aquí con detenimiento por exceder al propósito de este artículo. Aun así, es obligado señalar que Benedicto XVI afirmaba en un discurso ante un grupo de profesores y alumnos universitarios romanos, que la pregunta por la verdad fue –y debería seguir siendo- una de las razones fundamentales de la existencia misma de la Universidad. Y añadía que el trabajo específico del profesor universitario está directamente vinculado al compromiso con la verdad; en concreto, “no sólo tiene como misión investigar la verdad y suscitar perenne asombro ante ella, sino también promover su conocimiento en todos los aspectos y defenderla de interpretaciones reductivas y desviadas” (2006 d).

Pues bien, esta tarea es particularmente urgente en nuestros días. Desde hace ya varios años Benedicto XVI viene repitiendo una cuestión

importante: “yo no dudo en afirmar que la gran enfermedad de nuestro tiempo es su déficit de verdad” (2005). Esta renuncia a la verdad constituye el núcleo de la crisis intelectual que nos toca vivir, donde la utilidad y los resultados cuantificables se han convertido en los únicos criterios de éxito, sustituyendo a la verdad tanto en el ámbito de la existencia personal como en el de la convivencia entre los hombres. En muchos ambientes cultos predomina una mentalidad que oscila entre el relativismo y el nihilismo, de manera que “hoy, el peligro del mundo occidental -por hablar sólo de éste- es que el hombre (...) se rinda ante la cuestión de la verdad. Y eso significa al mismo tiempo que la razón, al final, se doblega ante la presión de los intereses y ante el atractivo de la utilidad, y se ve forzada a reconocerla como criterio último” (2008 a).

Por eso, Benedicto XVI no deja de insistir en la necesidad de formular la pregunta sobre la verdad, especialmente en los ambientes universitarios, porque “si no se plantea el interrogante sobre la verdad y no se admite que cada persona tiene la posibilidad concreta de alcanzarla, la vida acaba por reducirse a un abanico de hipótesis sin referencias ciertas” (2006 d); mientras que, por el contrario, “al interrogarnos por la verdad ensanchamos el horizonte de nuestra racionalidad [y] comenzamos a liberar la razón de los límites demasiado estrechos dentro de los cuales queda confinada cuando se considera racional sólo lo que puede ser objeto de experimento y cálculo” (2006 b).

Por tanto, puede considerarse que es misión propia de los profesores universitarios plantearse y plantear las cuestiones fundamentales, porque en la Universidad “se forman las nuevas generaciones, que esperan una propuesta seria, comprometedora y capaz de responder en nuevos contextos al interrogante perenne sobre el sentido de la propia existencia” (2006 d); sin perder de vista que “poner en el centro el tema de la verdad no es un acto meramente especulativo, restringido a un pequeño círculo de pensadores; al contrario, es una cuestión vital para dar profunda identidad a la vida personal y suscitar la responsabilidad en las relaciones sociales” (Ibid.) que son, como ya señalamos, las dos dimensiones fundamentales que debe abarcar toda tarea educativa. La formación de las nuevas generaciones –función propia, aunque no exclusiva de las Universidades-, debe abarcar todas las dimensiones a las que se orienta el ser humano. De este modo, los estudios académicos podrán

“contribuir a elevar la calidad del nivel formativo de la sociedad, no sólo en el plano de la investigación científica entendida en sentido estricto, sino también, más en general, ofreciendo a los jóvenes la posibilidad de madurar intelectual, moral y civilmente, confrontándose con los grandes interrogantes que interpelan la conciencia del hombre contemporáneo” (2008 e).

4. LA REDUCCIÓN DE LA UNIVERSIDAD

Pero la Universidad, al menos tal como la vemos realizada mayoritariamente en la actualidad, no se distingue precisamente por interesarse y plantear las cuestiones que hemos mencionado. En este sentido, Benedicto XVI ha llamado la atención en alguno de sus discursos sobre el proceso reduccionista al que se ve sometida la Universidad en nuestros días.

El Papa señala dos puntos que constituyen otros tantos síntomas de empobrecimiento de la Universidad, que hacen que hoy tengamos una versión mucho más raquílica de esta institución que la que tenían quienes la conocieron en sus orígenes. Entendámoslo bien: no es que se proponga mirar con nostalgia a los tiempos pasados para volver a situar a la Universidad en la Edad Media, ni tampoco pretende poner freno al progreso, necesario y natural, que es propio de todo ser vivo y de cualquier institución en cuanto organismo formado por seres humanos. Se trata más bien de *recuperar el impulso inicial* que dio vida y ha hecho fecunda a la Universidad durante más de ocho siglos, adaptándolo para que pueda seguir dando frutos en servicio de la sociedad actual.

Los dos momentos del proceso reductivo a lo que Benedicto XVI se refiere son, en primer lugar, la asimilación o identificación fáctica de las Universidades con Escuelas Superiores de Formación Profesional; en segundo término, y como consecuencia de la pérdida de la unidad interna del saber, la desintegración de las Universidades hasta convertirse en conglomerados de Facultades aisladas en sí mismas, sin más vinculación entre ellas que la meramente administrativa o burocrática.

No voy a detenerme aquí a examinar el gran perjuicio que ocasiona a los estudiantes, a la Universidad y a la sociedad en su conjunto, el primer aspecto, es decir, la transformación del *Alma Mater* en un Centro de Formación profesional dispensador de conocimientos, técnicas y competencias orientadas

exclusivamente hacia el futuro empleo, dedicado a cubrir las demandas del mercado de trabajo mientras descuida otros aspectos que *también* son muy importantes para la formación del ser humano. Desgraciadamente, éste es un problema que se ha agudizado particularmente en Europa tras haber adoptado el modelo Neo-liberal para la implantación y construcción del Espacio Europeo de Educación Superior. Este modelo de Universidad, como se ha señalado en numerosos foros, tiene graves inconvenientes de cara a la formación integral de los universitarios (Cfr. Harris, 2007; Escudero 2009, Rioja, 2007, etc.). Por eso no voy a abundar en este punto; sólo mencionaré que Benedicto XVI lamenta esta visión reductiva del ser humano y de la educación universitaria, cuando subraya que “por lo general, la educación tiende a reducirse a la transmisión de determinadas habilidades o capacidades de hacer” (2007 c).

Sin embargo, sí quisiera examinar con un poco más detalle el segundo problema que afecta actualmente a la institución universitaria: el abandono de la idea de Universidad como un todo orgánico (*universum*) en el que se cultivan todos los saberes (*universa*) y que construye su unidad interna por medio del diálogo y la relación intrínseca que existe entre ellos, para adoptar los contornos de una “*pluriversidad*” caleidoscópica.

El Papa trató detenidamente este asunto ante un grupo de profesores de la Universidad de Tubinga que acudieron a Roma para visitarle. Junto a ellos, rememoró lo que él mismo calificaba como una de las experiencias más gratificantes y enriquecedoras que había tenido ocasión de vivir mientras trabajaba en esa Universidad como profesor. “Una vez cada semestre -recuerda- había un *dies academicus*, en el que los profesores de todas las facultades se presentaban ante los estudiantes de la universidad, haciendo posible así una experiencia de *Universitas* (...); es decir, la experiencia de que, no obstante todas las especializaciones que a veces nos impiden comunicarnos entre nosotros, formamos un todo y trabajamos en el todo de la única razón con sus diferentes dimensiones, colaborando así también en la común responsabilidad respecto al recto uso de la razón: era algo que se experimentaba vivamente” (2007 a).

Este diálogo entre especialistas de diferentes disciplinas permitía “sentirla como ‘Universidad’, donde se mostraba que el conjunto forma una unidad porque, en la base, hay un interrogante común, una tarea común, una

finalidad común” (2007 d). Me parece particularmente significativo que el Papa señale que se trataba de *un interrogante común*. En ningún momento dice que tenían *una respuesta común*, sino que les unía un mismo propósito: *buscar respuestas* al común interrogante. Como es lógico, las diferencias de naturaleza y metodología propias de las diversas Ciencias -Empíricas, Humanas y Sociales-, los variados planteamientos y la legítima diversidad de opciones y opiniones de cada profesor, darían como resultado un abanico de respuestas muy distintas; y esa diversidad es un elemento enriquecedor y positivo de la vida universitaria. Pero por encima de los diferentes planteamientos, les unía la misma finalidad, el mismo empeño: todos, cada uno desde su ámbito propio, tendían a constituir una *universitas studiorum*, en la que se reconocían y expresaban como personas, participando en la búsqueda "sinfónica" de la verdad (Cfr. 2008 e).

Sin embargo al rememorar ante sus antiguos colegas los años pasados en Tubinga, Benedicto XVI no pudo dejar de señalar cómo esa actitud se ha ido perdiendo, y la Universidad moderna corre el gran peligro de transformarse en un complejo de institutos superiores unidos sólo externa e institucionalmente y, por lo tanto, poco capaces de formar la unidad interior de *universitas* (Cfr. 2007 a). Esta fragmentación y disgregación del saber no tiene como causa única o principal la creciente especialización que obliga a cada investigador o docente a centrarse cada vez más en el campo de su interés. Sino que se debe, de modo particular, a un concepto de racionalidad heredado de la Modernidad que no facilita realizar la síntesis de los saberes. En el trasfondo de la racionalidad moderna subyace la autolimitación que la razón se ha impuesto, expresada en primer término en las *Críticas* de Kant y radicalizada ulteriormente por una interpretación ideológica de las Ciencias Naturales. Este concepto ilustrado de razón presupone la estructura matemática de la materia y su racionalidad intrínseca, que hace posible comprender cómo funciona y puede ser utilizada; pero que sólo admite la posibilidad de verificar la verdad o falsedad de algo exclusivamente mediante la experimentación empírica, como único medio que ofrece la certeza decisiva (Cfr. 2006 c). Y esto conduce -a modo de “daño colateral” derivado- a dejar fuera del discurso “científico” a los saberes de carácter humanístico.

Este es el clima intelectual en el que se ha elaborado la investigación científica durante las últimas décadas, y el discurrir de la historia no tiene marcha atrás. Aún así, Benedicto XVI insiste en que la institución universitaria jamás debería perder de vista su vocación particular a construir una *universitas* en la que las diversas disciplinas, cada una a su modo, se vean como parte de un *unum* más grande (Cfr. 2007 d). Para ello anima a empeñarse en la tarea urgente de redescubrir la unidad del saber, esforzándose por reconciliar el impulso a la especialización con la necesaria visión de conjunto, y resistiendo la tendencia a la fragmentación y a la falta de comunicabilidad de los lenguajes científicos que se observa actualmente, con demasiada frecuencia, en muchas Universidades.

Concretamente, en el encuentro con el mundo académico mantenido durante su reciente viaje a la República Checa, Benedicto XVI instaba a “retomar la idea de una formación integral, basada en la unidad del conocimiento enraizado en la verdad. Eso sirve para contrarrestar la tendencia, tan evidente en la sociedad contemporánea, hacia la fragmentación del saber. Con el crecimiento masivo de la información y de la tecnología surge la tentación de separar la razón de la búsqueda de la verdad. Sin embargo, la razón, una vez separada de la orientación humana fundamental hacia la verdad, comienza a perder su dirección. Acaba por secarse, bajo la apariencia de modestia, cuando se contenta con lo meramente parcial o provisional, o bajo la apariencia de certeza, cuando impone la rendición ante las demandas de quienes de manera indiscriminada dan igual valor prácticamente a todo. El relativismo que deriva de ello genera un camuflaje, detrás del cual pueden ocultarse nuevas amenazas a la autonomía de las instituciones académicas” (2009 b).

7. LA RECUPERACIÓN DE LA UNIVERSIDAD

Como ya se ha señalado, Benedicto XVI no sugiere, en modo alguno, que haya que mirar con nostalgia a la Edad Media; pero sí propone esforzarse por recuperar el impulso que dio vida y ha hecho fecunda a la Universidad durante más de ocho siglos. ¿Por dónde empezar? El Papa apunta tres características que deberían distinguir a toda institución universitaria, y sugiere

que su cultivo podría constituir una ayuda para recuperar esa dimensión unitaria (que no uniforme) y universal (capaz de acoger en su seno a la pluralidad) que, poco a poco, ha ido perdiendo. Los tres rasgos a los que nos referimos son: la atención especial a la persona, la dimensión comunitaria en la investigación científica, y el diálogo entre la fe y la cultura (Cfr. 2007 b).

a) La primera pregunta que debería formularse todo aquel que esté comprometido en la tarea de la educación universitaria es: “¿Al servicio de qué hombre, de qué imagen del hombre, quiere estar la universidad: de una persona enrocada en la defensa de sus intereses, sólo en una perspectiva de intereses, una perspectiva materialista, o de una persona abierta a la solidaridad con los demás, en busca del verdadero sentido de la existencia, que debe ser un sentido común, que trasciende a la persona?” (2006 a).

Sólo poniendo en primer lugar el bien de “toda la persona” puede cumplir la Universidad su misión propia. Sólo así es posible caminar hacia la solución del problema de la fragmentación del conocimiento pues, como señala Benedicto XVI, al poner en el centro a la persona y valorando el diálogo y las relaciones interpersonales, se puede recuperar la perspectiva unitaria del saber. Y esto por un motivo antropológico elemental: porque mientras las disciplinas tienden naturalmente a la especialización, la persona necesita unidad y síntesis (Cfr. 2007 b).

Por tanto, la Universidad debería proponerse conservar la fisonomía de un centro de estudios "a medida del hombre", en el que la persona del alumno salga del anonimato, sea tratada como un individuo único e irrepetible y pueda cultivar un diálogo fecundo con los profesores que le estimule a crecer desde el punto de vista cultural y humano; pues la relación didáctica sólo puede llegar a ser relación *educativa*, un camino de maduración humana, si se valora a la persona y las relaciones interpersonales (Cfr. 2007 c).

Cuando se pone en el centro a la persona y se tiene en cuenta la necesidad que experimenta todo ser humano de llegar a la formulación de síntesis, se da la debida importancia a que el compromiso de la investigación científica se abra al interrogante del sentido de la existencia, superando la tentación de su propia autoconfinamiento porque –como ya ha dicho- mientras que la investigación tiende al *conocimiento*, la persona necesita también la

sabiduría, es decir, *la ciencia que se manifiesta en el saber vivir* (Cfr. Ibid. y 2007 b).

b) En relación con la dimensión comunitaria de la Universidad, sólo recordaremos que toda Universidad tiene por su propia naturaleza una vocación social ya que se constituye precisamente una *comunidad de profesores y alumnos* comprometidos en la búsqueda de la verdad y en la adquisición de competencias culturales y profesionales superiores. Por eso, junto con la centralidad de la persona, la Universidad debe prestar una delicada atención a la dimensión comunitaria, éstos “son dos polos igualmente esenciales para un enfoque correcto de la *universitas studiorum*” (Ibid.)

c) El último rasgo propio de la Universidad que Benedicto XVI menciona y anima a recuperar para que esta institución pueda seguir cumpliendo su misión al servicio de las personas singulares y de la sociedad, es el diálogo entre la fe y la cultura, que él califica siempre con el adjetivo “fecundo”. Siguiendo el hilo de sus textos se puede reconstruir el razonamiento que sustenta esta afirmación.

Uno de los elementos constitutivos del fin genérico de la Universidad - que es, como ya mencionamos, común a toda labor educativa-, consiste en su contribución al perfeccionamiento de cada persona. Para lograrlo, es imprescindible tener una idea de quién es el hombre y qué es lo que le hace mejor en cuanto humano. Y a este respecto el Papa afirma rotundamente que “el hombre no puede comprenderse plenamente a sí mismo si prescinde de Dios” (2006 a); porque, entre otras cosas, sin su referencia a Dios, “no puede responder a los interrogantes fundamentales que agitan y agitarán siempre su corazón con respecto al fin y, por tanto, al sentido de su existencia” (2006 e). Por eso sostiene que “no puede descuidarse la dimensión religiosa de la existencia humana” (2006 a) ya que, de lo contrario, se correría el peligro de formarse una idea equivocada, o al menos, distorsionada del ser humano.

En consecuencia, no sólo se debe prestar atención al conocimiento sobre el hombre que nos proporcionan las Ciencias Experimentales y Humanas sino que es necesario escuchar también lo que nos dice la fe. Esta actitud abierta a la totalidad del saber ha reportado siempre grandes beneficios al ser humano; concretamente, “el nacimiento de las universidades europeas fue fomentado por la convicción de que la fe y la razón están destinadas a

cooperar en la búsqueda de la verdad, respetando cada una la naturaleza y la legítima autonomía de la otra, pero trabajando juntas de forma armoniosa y creativa al servicio de la realización de la persona humana en la verdad y en el amor” (2007 d). “Este diálogo –sostiene Benedicto XVI- debe continuar, con la distinción de las características específicas de la ciencia y de la fe, pues cada una tiene sus propios métodos, ámbitos, objetos de investigación, finalidades y límites, y debe respetar y reconocer a la otra su legítima posibilidad de ejercicio autónomo según sus propios principios (Cfr. *Gaudium et spes*, 36); ambas están llamadas a servir al hombre y a la humanidad, favoreciendo el desarrollo y el crecimiento integral de cada uno y de todos” (2008 d).

Cuando se tiene verdadero interés por conocer, cuando se ama la verdad, no hay motivos para prescindir de alguno de los cauces por los que puede llegar hasta nosotros. “En verdad –afirma el Papa- la sed de conocimiento del hombre impulsa a toda generación a ampliar el concepto de razón y a beber en las fuentes de la fe” (2009 b). Y se pregunta: “¿por qué considerar que quien tiene fe debe renunciar a la búsqueda libre de la verdad, y que quien busca libremente la verdad debe renunciar a la fe?”. (2007 e). Con más motivo aún cuando es evidente que las ciencias no pueden proporcionar todas las respuestas a los problemas que se le presentan. Los interrogantes que se abren ante el ser humano no tratan exclusivamente sobre asuntos fácticos, sino que nos planteamos también otros muchos que pueden calificarse propiamente como preguntas acerca del sentido –el significado global del mundo, de la vida, del dolor, de la muerte, y del hecho de la propia existencia-, a las que las ciencias, cada una por separado y todas en su conjunto, no pueden dar respuesta adecuada. Por eso, no es absurdo ni superfluo aceptar la ayuda de la Revelación que como recuerda el Papa, citando a Juan Pablo II, “son las dos alas con las que el espíritu se eleva a la contemplación de la verdad” (Juan Pablo II, 1989; Benedicto XVI, 2009 b).

Este rechazo contemporáneo del conocimiento al que se accede a través de la religión tiene muchas causas; quizá una de ellas sea, como señala Benedicto XVI, que “la revolución industrial y los descubrimientos científicos han permitido responder a preguntas que antes sólo la religión satisfacía en parte. La consecuencia ha sido que el hombre contemporáneo a menudo tiene

la impresión de que no necesita a nadie para comprender, explicar y dominar el universo; se siente el centro de todo, la medida de todo“ (2008 d).

De manera que “ahora que las ciencias exactas, naturales y humanas han logrado avances prodigiosos en el conocimiento del hombre y de su universo, es grande la tentación de querer circunscribir totalmente la identidad del ser humano y encerrarlo en el conocimiento que se puede tener de él. Para evitar este peligro, es preciso dejar espacio a la investigación antropológica, filosófica y teológica, que permite mostrar y mantener el misterio propio del hombre, puesto que ninguna ciencia puede decir quién es el hombre, de dónde viene y a dónde va. Por tanto, la ciencia del hombre se convierte en la más necesaria de todas las ciencias” (2008 c). Pero, como ya dijimos, las “ciencias [que] atañen al hombre no pueden prescindir de la referencia a Dios, dado que al hombre no se le puede entender plenamente, tanto en su interioridad como en su exterioridad, si no se lo reconoce abierto a la trascendencia” (2006 e).

8. CONCLUSIÓN

Tal como se señaló al inicio de estas páginas, sólo se pretendía recordar algunas cuestiones tratadas por Benedicto XVI en los inicios de su Pontificado en relación con la naturaleza y fin propio de la institución universitaria.

El Papa es bien conciente de las dificultades humanas, ideológicas, culturales y materiales a las que debe enfrentarse en la actualidad. La Universidad, ciertamente, no escapa a la situación de “emergencia educativa” a la que se ha referido en diferentes ocasiones. Nuestra época está marcada por particularismos e incertidumbres, y por la carencia de principios unificadores; precisamente por ello, es aún más necesario que los estudios académicos contribuyan a elevar el nivel formativo de la sociedad, entendiéndolo no sólo como incremento de la investigación científica y la transmisión de conocimientos, sino de modo más amplio, ofreciendo a los jóvenes la posibilidad de madurar intelectual, moral y civilmente, confrontándose con los grandes interrogantes que interpelan la conciencia del hombre de todas las épocas y culturas. Desde esta perspectiva Benedicto XVI exhorta a todos - profesores y alumnos universitarios-, a fomentar la esperanza, a amar la

Universidad (Cfr. 2009 a) y a trabajar para que ésta siga siendo un lugar de enseñanza y encuentro cultural fecundo.

Referencias

- Benedicto XVI (2005) Discurso durante la inauguración del 85° Curso Académico en la Universidad Católica del Sagrado Corazón, 25 de noviembre de 2005.
 - (2006) a. Discurso al Seminario organizado por la Congregación para la Educación Católica, 1 de abril de 2006.
 - (2006) b. Discurso a los participantes en la Asamblea Eclesial de la Diócesis de Roma, 5 de junio de 2006.
 - (2006) c. Discurso en la Universidad de Ratisbona, 12 de septiembre de 2006.
 - (2006) d. Discurso en la Pontificia Universidad Lateranense, 21 de octubre de 2006.
 - (2006) e. Discurso en la Universidad Gregoriana de Roma, 3 de noviembre de 2006.
 - (2007) a. Discurso a una delegación de la Facultad Teológica de la Universidad de Tubinga, 21 de marzo de 2007.
 - (2007) b. Discurso al mundo de la cultura en la Universidad de Pavía, 22 de abril de 2007.
 - (2007) c. Discurso en la inauguración de la Asamblea Diocesana de Roma, 11 de junio de 2007.
 - (2007) d. Discurso a los participantes en el Encuentro Europeo de profesores universitarios, 23 de junio de 2007.
 - (2007) e. Discurso a los miembros de la Federación Universitaria Católica Italiana, 9 de noviembre de 2007.
 - (2007) f. Llamamiento del Papa a la Comunidad Internacional a dar prioridad a la educación, 13 de diciembre de 2007.
 - (2008) a. Discurso preparado para el encuentro con la Universidad de Roma "La Sapienza", 17 de enero de 2008.
 - (2008) b. Carta a la ciudad y a la diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación, 21 de enero de 2008.

- (2008) c. Discurso a los participantes en el Coloquio Internacional sobre la identidad del individuo, 28 de enero de 2008.
- (2008) d. Discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio de la Cultura, 8 de marzo de 2008.
- (2008) e. Discurso a los profesores y alumnos de la Universidad de los Estudios de Parma, 1 de diciembre de 2008.
- (2009) a. Discurso a los participantes en el primer encuentro europeo de estudiantes universitarios, 11 de julio de 2009.
- (2009) b. Discurso en el Encuentro con el mundo académico en Praga, 27 de septiembre de 2009.
- *Chartularium Universitatis Parisiensis* (1208 ó 1209), disponible en <http://www.archive.org/search.php?query=Chartularium%20Universitatis%20parisiensis%20AND%20mediatype%3Atexts> (Última consulta 19. X. 09)
- Escudero Muñoz, J.M. (2009). Las competencias profesionales y la formación universitaria: posibilidades y riesgos. *Revista Interuniversitaria de Pedagogía Social*, 16, 65-84.
- Harris, S. (2007). *The Governance of Education. How Neo-Liberalism is Transforming Policy and Practice*. London: Continuum.
- Juan Pablo II (1990). *Constitución Apostólica 'Ex Cordis Ecclesiae'*, 15 de agosto de 1990.
 - (1998) Encíclica *Fides et Ratio*, 14 de septiembre de 1998.
- Ratzinger, J. (2005). *Un canto nuevo para el Señor*. Salamanca: Sígueme.
- Rioja, A. (2007) ¿Hacia qué modelo de Universidad converge Europa? *SIPS-Pedagogía Social*, 14, 53-62.
- VV.AA. (1990) *La Historia de las Universidades en Europa (I): Las Universidades en la Edad Media*. Bilbao: Eds. Universidad del País Vasco.

LA MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD *EN Y PARA EL SIGLO XXI* EN LOS TEXTOS RECIENTES DE BENEDICTO XVI

María García Amilburu

Prof. Titular de Filosofía de la Educación. UNED.

Resumen:

En este artículo se examinan diversas intervenciones públicas de Benedicto XVI durante los cinco primeros años de su Pontificado con el fin de determinar la naturaleza y misión de la Universidad, así como algunas de las dificultades a las que esta institución debe hacer frente para adaptarse al siglo XXI manteniéndose fiel a sí misma.

Al hilo de los textos del papa se recuerda brevemente el nacimiento de las Universidades para mencionar seguidamente los fines genérico y específico de la educación universitaria, y algunos de los problemas que están afectando actualmente a la Universidad: su desintegración en un conglomerado de Facultades yuxtapuestas y su progresiva asimilación a las Instituciones Superiores de Formación Profesional. Para concluir se comentan tres dimensiones esenciales del carácter propio de la educación universitaria.

Palabras clave: Universidad, educación, Benedicto XVI, crisis educativa.

Abstract:

In this article we examine issues concerning the nature and mission of the University, and some problems that this Institution must face in order to assume its role facing the XXIst century, namely, the fragmentation of knowledge and bourocrazy. We examine Pope Benedict XVI's contributions to these themes along the first five years at the Holy See. At the end of the paper, we make some comments on the three key features he proposes as Universities' distinctive elements.

Key words: University, Pope Benedict XVI, Education, Educational Crisis

María García Amilburu
Facultad de Educación. UNED.
Pº Senda del Rey, 7
28040 Madrid
mgamilburu@edu.uned.es